



REPORTAJE

# En el 'Safari de piedra' de Almendral de la Cañada (Toledo)

*Juan Antonio Chavarría Vargas*

**A** sí lo llamaba, con sintética precisión, su artífice, Longino Ayuso Illán, natural y vecino que fue de La Iglesuela (Toledo), localidad de la ribera castellano-manchega del Tíetar. Aquí, en su finca de Arroyo Lugar, perteneciente al término de Almendral de la Cañada, surcada por el caudaloso arroyo homónimo y poblada por un espeso monte de encinas y enebros que mira a Gredos, Longino dio pacientemente forma animal a la mayor parte de la roca granítica del paraje. Milanos, osos, exóticos felinos, vacas, lobos y hasta una sorprendente familia de gorilas, aguardan todavía, desde su lejano sueño de piedra, al osado viajero que recorra el tramo comprendido entre los km. 32-33 de la carretera local de Talavera de la Reina a Casavieja (Ávila).

Ya en el interior del recinto, algunos mensajes escritos con letra irregular recuerdan el tiempo en que podía visitarse este singular conjunto escultórico en compañía del propio Longinos. En uno de ellos se dice que las aportaciones económicas de los curiosos visitantes se destinarán a la «ampliación y continuación del Safari...». Estas se depositaban en una hucha empotrada en una talla granítica de *madonna* con cría de felino, en vez de niño, que aún se conserva a la entrada de la finca. «Aquí también se saluda» rezaba la leyenda, apelando en metafórico lenguaje popular a la generosidad de excursionistas y turistas ocasionales. En otro cartel que guiaba el recorrido surge, entre centenarios encinares, una insólita y casi surrealista indicación: «Al gorila (siga la fle-

cha)». Hoy desgraciadamente la visita no resulta fácil. Longino falleció, en 1991, a los 68 años de edad, y sus hijos, que viven en Cataluña, heredaron las tierras. En la actualidad, cuando, sin remedio, el paso del tiempo y el creciente abandono dejan sentir sus huellas sobre los grupos escultóricos, un pastor del cercano Almendral utiliza, en régimen de arrendamiento, la finca y sus dependencias para el cuidado y pastoreo de sus ganados.

Dos cuestiones llaman poderosamente la atención del curioso observador. Por una parte, la perfecta conjunción entre estas esculturas zoomórficas y su entorno natural, su plena y armónica integración con el agreste paisaje y con la piedra misma de donde surgen. Así, por ejemplo, una pétreo rapaz con su presa o una monumental vaca tumbada encuentran, sin dificultad, sus replicas naturales en el alto cielo de Arroyo Lugar o en cualquier prado próximo. Incluso las gráciles siluetas de los oseznos nos traen a la memoria las páginas medievales del *Libro de la Montería* de Alfonso XI en las que aparecen estos mismos montes poblados de osos y puercos (jabalíes). Cerca están además dos viejos topónimos de gran poder evocador por su estrecha relación con la fauna local: la hermosa garganta de *Torinas*, que traza la divisoria con La Iglesuela, y la antigua cabeza y arroyo de *Milanos*, hoy Bombilanos.

Cabe admirar, por otra parte, la delicada maestría del autor, su laborioso y paciente cincelar, la sabia captación de actitudes y movimientos animales. El musgo y los líquenes adheridos a la

superficie rocosa, junto a la leve policromía de ciertas partes corporales, contribuyen a vivificar la sensación de ingenuo realismo que despiden las figuras. En algunos casos las grietas y hendiduras de los materiales graníticos se aprovecharán también para conseguir dar la forma más idónea a astas, garras y otros apéndices característicos.

La mayoría de las esculturas están situadas frente a la casa de labor existente en la finca. En este sector pueden contemplarse un milano real y otra rapaz con sus presas, una leona con sus cachorros, dos pequeños osos que parecen tener movimiento y algunos perros en torno a una mesa de piedra. A pocos pasos nos esperan nuevas sorpresas: varias cabezas de astados (ciervos, toros) labradas en la roca, una pareja de grandes felinos selváticos y, por último, una vaca tumbada en pacífica actitud de reposo, tal vez la obra maestra del conjunto. Más allá, cerca ya del río y cobijados por las aglomeraciones del berrocal, asoman, dueños de la soledad, un grupo de gorilas, uno de ellos con sus ojos, nariz, boca y manos resaltados mediante líneas pintadas. Pero Longino tenía también aficiones pictóricas. Las paredes del interior de la casa, por ejemplo, se hallan recubiertas todas ellas de una serie de pinturas murales en las que predomina un particular estilo autodidacta *naif* que recuerda, en cierta medida, el ingenuismo primitivista de Rousseau el Aduanero. En estas composiciones cultivó algunos de sus temas favoritos, inspirado siempre por la influencia del escenario rural: paisajes familiares, escenas de tradiciones reli-

gias, estampas campestres con desnudos femeninos incluidos y, naturalmente, motivos animales.

Todo lo dicho hasta ahora, sin embargo, no parece ser fruto del azar. Ni el emplazamiento de este peculiar «Safari de Piedra», ni siquiera la pasión artística y zoológica de Longino. No debe olvidarse al respecto que estas tierras de pueblos celtibéricos y ganaderos del noroeste de Toledo fueron, en tiempos remotos, uno de los focos más representativos de la cultura zoomórfica en piedra, reflejada fundamentalmente en las conocidas esculturas de «verracos», de oscuro origen y significado y cuyo máximo exponente son los célebres Toros de Guisando. De hecho, zonas más o menos próximas al entorno geográfico de Arroyo Lugar, se encuentran relacionadas con hallazgos de esculturas de verracos: toros, cerdos, etc. Del cercano castro de *Cabeza del Oso* (Real de San Vicente, Toledo) procede quizás el verraco de Talavera de la Reina que se halla empotrado en la muralla de la ciudad. En Castillo de Bayuela refiere

la tradición popular que, junto al toro y el cerdo que hoy se conservan en la plaza del pueblo, aparecieron también una cerda y seis cerditos de piedra. Incluso el nombre de la población de Navalcán, en la ribera castellano-manchega del Tiétar, podría tener su origen, según Jiménez de Gregorio, en una representación escultórica celtibérica asociada popularmente a la figura de un perro o can(1). Y todavía un dato más, ahora con la luminosa intervención del azar: en una de las inscripciones latinas grabadas en los costados de los famosos Toros de Guisando se hace referencia precisamente a un notable personaje llamado ... *Longinus* (2).

¿Cabe imaginar, pues, un marco natural más apropiado para albergar las creaciones zoomorfas de Longinos, un contexto más adecuado donde se funda, de forma tan armónica, la pasión artística y la ancestral tradición de la talla lítica? ¿Será, acaso, nuestro artífice rural uno de los últimos eslabones de esa larga y antigua cadena histórica que, arrancando de tiempos prerromanos,

unía simbólicamente arte, piedra y mundo animal?

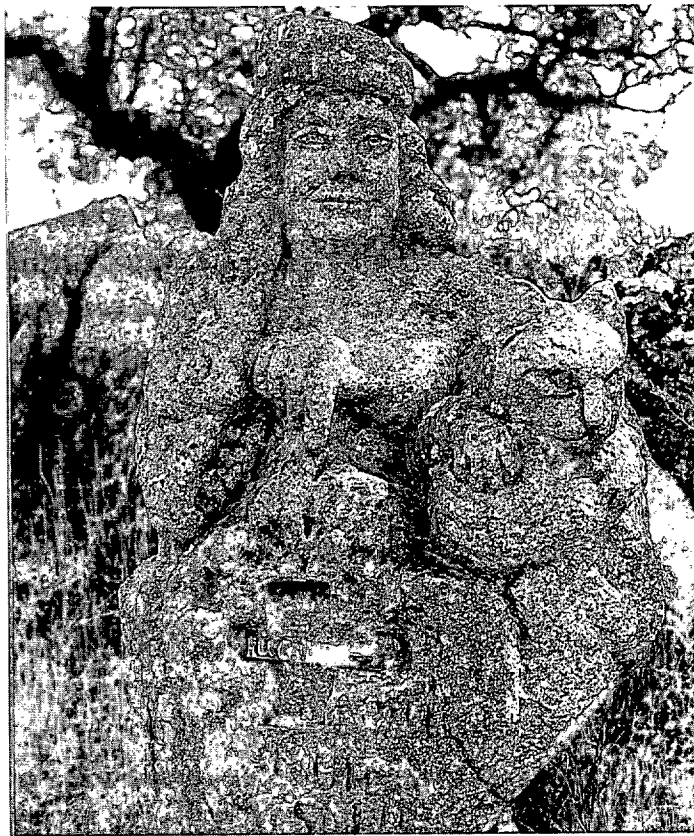
Concluida la jornada y cuando el viajero, ya en la vecina Iglesiasuela, ha respondido afirmativamente, sin duda, a los interrogantes planteados, otro Longinos, recio mesonero esta vez, le devolverá con creces las fuerzas perdidas a base de un guiso de salmorejo manchego (sólo en invierno) y el consabido cuchifrito de la tierra, todo ello regado con un joven tinto del país que hubiera saboreado con placer el mismísimo Dionysos.

<sup>1</sup> Jiménez de Gregorio, F., *Diccionario de los pueblos de Toledo hasta finalizar el siglo XVIII*, Toledo, 1966, vol. II, p. 43.

<sup>2</sup> López Monteagudo, G., Mitos y leyendas en torno a las esculturas de «Verracos», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, XXXIX, 1984, pp. 154-156.



Gorilas en la cuenca del Tiétar.



«Aquí también se saluda», reza la inscripción.

Ada Girela Rejón